

Polvo blanco

Dafne entra en la habitación de su hermano Flyen. Revuelve los cajones de los armarios colgantes. Las estanterías. Por todas partes. Encuentra una bolsa que contiene un polvo blanco. Coca. No tenía ni idea de que Flyen consumiera, pero está segura de que es coca. De la variedad volátil, además, la que apenas tiene masa. No. No puede asegurarlo con tanta certeza mientras no abra la bolsa. Inicia la apertura con cuidado. Pero es una bolsa resistente, muy resistente. Estira. Estira más. Y entonces la bolsa revienta. El polvo blanco se esparce. Queda en el aire y poco a poco baja para depositarse en las baldas flotantes, en la cama de oxígeno, sobre las pantallas múltiples de ordenador. Dafne no se inmuta pero comienza a cantar. A reír también. No sabe por qué ríe. Recuerda la coca y le llega a la cabeza la palabra Coca-Cola. La dice en voz alta mientras recoge el polvo blanco e intenta meterlo en la bolsa. La bolsa está destrozada. Cada vez que mete polvo, se cae al suelo. Le hace gracia lo de Coca-Cola, ¿a quién se le ocurriría el nombre? Jamás, que recuerde, se había reído tanto. Ella no suele reírse. Y menos sola. La chispa de la vida, y se lanza sobre la cama, boca arriba. Hace poco ha visto un remake y lo recuerda ahora.

—Al mundo entero, quiero dar, tururu, un mensaje de paz, tururu, y recordar, mirando al mar, la eterna libertad. Titiritititi, titiritití, titiritititi.

Se troncha. No sabe de qué, pero canta y se troncha. Tampoco sabe qué hace allí, en el cuarto de Flyen, curioseando, ni lo que ha ido a buscar. Y eso que debería saberlo, al menos para tener una excusa, porque Flyen está ahora en la puerta, en silencio, fumando un cigarrillo electrónico de vapor ansiolítico, mirándola.

La pilla justo cuando empezaba a aplaudir al son del canto.

—Flyen, querido... —dice ella.

A Flyen le sorprende la risa de su hermana, que recuerde jamás la había visto reír. Así a carcajadas. Nunca. Sonrisas muchas, esa sonrisa como si tramara o pensara algo malo, pero detornillarse no. Se acerca al cajón. Mira la coca desparramada. Coge la bolsa vacía. No había ni un gramo ni dos. Medio kilo. Sabe que le cortarían los güevos si no la repone. También si la adultera. Le cortarían los güevos de todos modos en cuanto vean la bolsa. Son las cinco y veinte. Los de O. Brayan pasarán a recogerla a las cinco y media.

—Sin una puta trampa, ¿entiendes? Ni una puta trampa —le dijeron.

Flyen pasea por la habitación y se sienta en la cama, al lado de su hermana. Se cubre la cara con las manos. Le salen un par de tacos. Pero sabe que los tacos no arreglarán nada. Debe pensar rápido. Muy rápido. Las manecillas del reloj corren sin pausa. Como si el reloj también hubiera tomado coca. O. Brayan y el Gelatina lo correrán a balazos. A él. A la hermana. A su padre, a su madre. El viejo ya ha encendido el televisor, fiel a su cita de las cinco con la película en 5d¹. La vieja trastea por alguna parte con las revistas de estímulos². Flyen no puede pensar. Se le han colapsado las neuronas. Las imagina a todas, en un tumulto, pegándose codazos por llegar a una idea. Así no va a ningún sitio. Pensando esas gilipolleces sólo conseguirá que lo maten mientras las manecillas del reloj avanzan. Avanzan.

Dafne continúa con la canción. Con la risa.

—Un mensaje de paz. Tiriririrí.

Y entonces roza con el dedo índice el brazo de Flyen. A él le provoca un escalofrío. Recuerda aquella tarde en que jugaron en la bañera. Dafne tenía siete años; Flyen, cinco. Exploraron sus cuerpos con una curiosidad tan infantil como morbosa. Los pequeños pechos de Dafne, el pequeño pitito de Flyen que se estiraba y se encogía. Se le quedó grabado. Ahora la cosa es distinta. A Dafne los pechos le han crecido hasta el infinito. Se mueven mientras canta y se ríe. La angustia de los minutos lo corroe. Va a conseguir que O. Brayan lo mate. Pero Dafne continúa jugueteando con el dedo y a él se le ha puesto la piel de gallina. Traga saliva.

—¿Te acuerdas cuando nos bañamos? —pregunta Dafne, que parece que le ha leído el pensamiento y quiere revivir aquel momento que dejaron para el futuro—. Querías cogermme los pechos pero yo te dije que aún no los tenía grandes.

Flyen traga saliva. Lo van a matar. Enseguida llegará O. Brayan y le meterá un tiro entre las cejas. Con las balas de oro de O. Brayan. El nombre grabado. El escudo. Después violará a su hermana. Y después le pegará otro tiro también. El Gelatina. El Gelatina también la violará. Le jode mucho que el Gelatina también la viole. No sabe muy bien el motivo, pero lo del Gelatina, que es un baboso, le produce un asco terrible.

—Tenemos que escapar —dice al fin, intentando que el pasado no lo aturulle, que los deseos infantiles no reverberen, ahora, en este preciso momento.

¹ Sistema de visión y sensaciones empleado antes de la virtualización actual.

² Revistas que se editaban en formato Xicv para estimular diversos estados del hemisferio derecho del cerebro como el odio, la ira, el asco o la vergüenza.

Pero Dafne se ha desabrochado la sinte³. Toma en su mano toda la carne. Aparece el pecho. El otro pecho. Flyen tiene ganas de llorar. Recuerda sus tiempos de portero de fútbol. Era un gran portero de fútbol. El mejor de la clase. Siempre haciendo paradones. Ahora se lanza para recoger el pecho igual que entonces. Le dan ganas de votarlo y lanzarlo al centro del campo. Pero lo mima. Lo besa. La hermana le dice que se espere. Pero él no puede esperarse. El reloj también tomó coca. O. Brayan. El puto Gelatina, baboso, con la cara gorda, la caspa, el aliento de rata muerta. Pero la hermana quiere que se espere. Se levanta. Coge la bolsa rota en la que aún queda algo de polvo blanco, introduce el pezón. Flyen recuerda que su madre le contaba que para tomar biberones untaba la tetina con azúcar. Se lanza con más coraje sobre el pecho. Paradón. Iba por la escuadra. Respira. Muerde. Palpa. Acaricia. Se vuelve loco. También se ríe. Un poco. Porque nada lo puede librar de la irrealidad del reloj que hace sonar un bip. El bip de las cinco y media. Sentencia de muerte.

Como si despertara de un sueño que se inició en el pasado, Flyen mete el pecho en el sinte.

—Van a venir a matarme —dice—. Tenemos que marcharnos.

—¿Adónde?

Flyen no responde. Piensa.

—No podemos bajar a la calle. A esta hora, O. Brayan estará muy cerca.

De hecho se asoma y ve que, en efecto, el Ms 44.000⁴ último modelo rojo de O. Brayan está frente a la puerta del zaguán.

—Pues vamos a la azotea —dice ella, como en una gran aventura—. Saltaremos de tejado en tejado hasta la avenida. Y una vez allí, podremos tomar el suburbano.

A Flyen le parece una idea magnífica. Salen de casa a toda velocidad. Lleva a su hermana cogida de la mano. No le dice lo que le ocurriría si O. Brayan la encuentra allí. Tampoco le da tiempo a avisar a sus padres. Una vez su padre dijo en una comida que a él, la muerte, le gustaría que le llegara viendo una de aquellas viejas películas en 5d. Va a cumplir su deseo. Su madre, no. Su madre dijo que ella prefería que la cogiera en una isla exótica. En una isla exótica no la va a sorprender. Seguro que ya lo sabía. Lo dijo por

³ Sinte: material utilizado en prendas de la época de transpiración compacta que evitaba la presencia de microorganismos y aislaba térmicamente. Formaba como una segunda dermis que se ajustaba al organismo. Las había de múltiples colores y diseños. El material cayó en desuso hace unos treinta años a favor de las llamadas ropas del bienestar.

⁴ Vehículo de propulsión magnética de coste elevado, seña de identidad de las grandes fortunas. Fabricado por la Tix Motion en India.

decir entonces y todos se rieron. Pero la va a coger con las revistas de estímulos, odiando a algún personaje de poca monta, o con la secalavaplanchadora.

Suben con el ascensor hidráulico hasta arriba, a la terraza. Tienen que darse prisa. Los de O. Brayan, registrarán todo el edificio. Eso lo primero. Después los buscarán por el mundo entero. No podrán escapar.

Jamás.

Pero de momento hay que ir sorteando las trabas del presente, que ya son bastantes. El presente es lo único que importa. Saltar de una azotea a otra. Es fácil. El muro entre edificios colindantes apenas mide metro y medio. A los dos les hace gracia que sea tan sencillo. Tan sencillo que Dafne pregunta a su hermano si quiere volver a tocarla.

—Más abajo —matiza. Y se levanta un poco el sinte a la altura de la cintura.

Flyen se queda en mitad del muro, una pierna a cada lado mientras Dafne continúa subiéndose el sinte.

—Se te ha quedado cara de mosca —le dice ella.

Cara de mosca. Se lo decía cuando era niño. Cuando había moscas. Cuando las moscas no se reducían a los Espacios Biológicos. Entonces él iba corriendo a un espejo. Ponía caras para comprobar el parecido. No conseguía encontrar similitudes. Ahora avanza despacio hasta que llega a la altura de la hermana, le muerde el cuello, palpa por debajo de la falda; primero por detrás, como si estuviera apretando una de esas bolsas de fluidos relajantes, luego por delante, jugueteando con el vello. Y la besa. La besa en los labios. Ella tiene que separarse para respirar. La estaba ahogando. Casi se muere pero se ríe. Se ríe mucho mientras la mano de Flyen juguetea por debajo del sinte. Entonces suena un disparo. Otro. Flyen entiende que O. Brayan ya ha llegado a su casa, a la casa de sus padres y tras preguntar por él y obtener una respuesta negativa ha dejado de regalo las balas de oro en los sesos de los viejos. Imagina a su padre en el sofá oscilante, viendo “Los supervengadores 11”, con un agujero en la frente, los ojos bizcos, la lengua sacada y una sonrisa como de victoria, como de haber cumplido el objetivo, como si dijera: “He muerto mirando una película 5d”. No le pasará lo mismo a la madre. Si hay otra vida, sólo si hay otra vida y Flyen piensa que no, podrá morir en la isla exótica. Si puede y sobrevive a la ira de O. Brayan, Flyen se promete que enviará los restos de su madre para allá. Si le llega el presupuesto, porque ahora, después de que su hermana rompiera la bolsita, le va a costar bastante ganarse la vida con decencia.

Tras los disparos, se escucha una algarabía. Voces, gritos. Los de O.Brayan se deberían marchar. Por el miedo a la policía. Por el miedo a que alguien los delate. Pero están muy rabiosos y empiezan a registrar por todas partes. Lo llaman a gritos:

—¡Flyen, hijo de puta! ¡Flyen! ¡Sabemos que estás escondido! ¡Flyen, no vas a poder escapar de nosotros!

Flyen y la hermana reanudan el camino saltando de azotea en azotea. Han acertado con la decisión de no bajar a la calle. Se lo dice a su hermana.

—Si hubiéramos bajado, nos habrían cosido a tiros.

Dafne le responde que si quiere un regalito. Pero Flyen la coge de la mano y tira de ella porque le da la impresión de que O. Brayan y el Gelatina están subiendo por las escaleras. Es sólo una impresión. Un ruido. El sonido de unos pasos. No sabe qué. Pero ante la incertidumbre, lo mejor es correr y eso hacen, saltando las separaciones entre los edificios. Hasta que se da cuenta de que se ha equivocado. Error de bulto. Error imperdonable. Garrafal. Mortal, quizá. Entre ambos edificios existe una calle. Está a punto de pedirle a su hermana que por favor no cante más, que deje la puta musiquita de la Coca-Cola, que siempre le ha tocado los cojones la Coca-Cola, desde que ella la tomaba y decía:

—Tú no tienes Coca-Cola, Flyen. No tienes —y se reía—. Ja, ja, ja. No tienes.

Ni siquiera conoce el sabor. No puede tomar Coca-cola. Se lo dijo un médico. ¿Por qué? Sólo dijo:

—No podrá tomar Coca-Cola.

Y hasta ahora. El momento en que O. Brayan fuerza la cerradura de la puerta que da paso a la azotea.

—¡Al suelo!

Flyen y su hermana aguardan escondidos detrás de uno de los muretes, alejados dos terrazas de la de su edificio. Escuchan los pasos. El Gelatina hace la ronda.

—Asómate allá.

Flyen escucha el “allá” y espera que el “allá” no sea donde se encuentran. Tras el murete. Se recuesta sobre la pared y entonces nota la mano de Dafne, en el pantalón. Mira a su hermana, que sonrío.

—El pitito de Flyen se estira y se encoje.

Eso le decía. Cuando niños. Ahora se estira. Flyen recuerda el momento en que ella le enseñó el pecho, debajo del sinte. La dureza de las carnes. El apretón en el culo, el paseo por el pubis, nigérrimo.

—¿Hay algo por ahí o no, Gelatina? —pregunta, O. Brayan.

Flyen alza la cabeza. Mira al cielo. Azul. Muy azul. Ya no le importa nada. Que le hagan un agujero en la frente. Que lo zurzan a balazos. Nada.

Jamás hubiera podido imaginar que sentiría tanto gozo. Y entonces el Gelatina salta. Casi los pisa. Se les queda mirando como si hubiera visto un fantasma.

—¡Ostia! —dice.

—¿Qué pasa? —grita O. Brayan.

El Gelatina vuelve a mirarlos.

—¡Me he torcido el pie!

—¡Olvida tu pie! ¿Hay rastros de Flyen?

El Gelatina vuelve a mirar a Flyen. A su hermana. Hace como que se le cae la pistola. Se agacha. Mete la mano entre los muslos de Dafne. Ella se ríe. A Flyen le entra un asco de vómito. Está a punto de saltar, de gritar:

—¡Estoy aquí, hijo de puta, O.Brayan! ¡Estoy aquí!

O de arrebatarse la pistola del Gelatina, disparar primero a O. Brayan y después al Gelatina. Pero no ha pegado un tiro en su vida. No es que le repudie, sino que no tiene confianza en acertar. Observa al Gelatina, que sigue con la mano entre los muslos mientras Dafne sonríe y mira a Flyen. La pistola en el suelo. El hijo de perra del Gelatina. A ella, que parece no importarle. Aunque Dafne es así. No le importa nada. Está a punto de saltar.

—¿Pero qué coño haces? —pregunta O. Brayan.

—Se me torció el pie.

—Ya he oído que se te torció el pie. ¡Venga! Vamos abajo. Quizá se haya escondido en algún local.

Cuando el Gelatina retira la mano de los muslos de Dafne, se la huele. La chupa. Inspira hondo, como si se llenara de vida. Toma la pistola y sonrío a Flyen. Entrecierra los ojos. Y se marcha.

Flyen no entiende nada de lo que ha pasado. Por qué le ha perdonado la vida. Por qué se ha regodeado tocando a Dafne. Por qué ella se reía. ¡Por qué!

—Tenemos que salir de aquí —dice y nota que está sudado, la frente empapada.

Se maldice por el error cometido. No dar importancia a la calle. La calle del Investigador Bats Kleens. Investigador Bats Kleens. Una mierda de calle de tres metros. Qué investigaría Bats Kleens para que le pusieran una calle y jodiera a Flyen en su escapada hacia la avenida. Ahora tienen que retroceder, regresar por el mismo sitio que

han entrado. Pero eso es una locura. A estas alturas cientos de hombres de O. Brayan habrán peinado la calle, los edificios. Todo. La única salida es la avenida. Allí pueden coger el suburbano hasta otro país. Iniciar una nueva vida. Los dos solos. Sin nadie que los persiga. Sin nadie que los controle. Sin nadie a quien deber favores. Pero la calle del investigador se pone por medio. La única posibilidad, sugiere Dafne, es coger la escalera que usan para subir a la sobreazotea. La escalera que cogía todas las tardes su padre para tocar los cables de difusión, porque siempre le aparecían errores mientras veía las películas en 5d. La escalera mide tres metros. Cuando llegue al otro zaguán, salvado el hueco de la calle entre las dos azoteas, todo será distinto. Los del zaguán de al lado gozan de una escalera más larga, seguro, por eso disfrutaban de las 5d sin problemas. Con los efectos táctiles al ciento por ciento.

Cuando la coloca entre los dos edificios, queda tan justa que aterra. Es probable que cualquier movimiento dé al traste con ella. El mismo peso puede correrla un milímetro. Un milímetro es suficiente para precipitarse al vacío. Treinta y siete plantas de caída. Al asfalto. Como teme que eso suceda, para evitar la muerte segura de su hermana, Flyen decide ser el primero. Gatea por los peldaños con sumo cuidado, sin mirar abajo. Él no es como su padre. No sabe cómo le gustaría morir. Desde luego que no mirando una 5d, pero menos aún estampado contra el asfalto de la calle del Investigador Bats Kleens, qué investigaría el hijo puta. Casi ha conseguido llegar al final, sortear la distancia, cuando la escalera se mueve. Apenas algo imperceptible. Un leve corrimiento. Nada. Flyen avanza lentamente, cierra los ojos. Parece como si el mundo hubiera dejado de existir. Como si no se escuchara nada. Como si gravitara sobre una alfombra mágica. Cuando toca el muro del edificio de al lado, le dan ganas de poner una bandera. Justo en ese momento la escalera se cae. Un estrépito que hiela la sangre, pero Dafne no puede contener la risa. Enseguida van a estar los de O.Brayan preguntándose qué hace una escalera en la calle del Investigador Klenes o Klans, porque ellos no van a saber decir el nombre. Flyen inspira hondo. Corre a coger la otra escalera. La del patio vecino. La escalera salvadora de los tres metros y medio. Pero no está. No está. No está la escalera porque los del patio de al lado no tocan los cables difusión. La quitaron precisamente para eso. Para que nadie los tocara. Por eso disfrutaban de las 5d. Porque nadie le mete mano a los cables. Y ahora Flyen no sabe qué hacer. Su hermana en una parte, muerta de risa. Él, en la otra. Solo.

Solo.

—¡Dafne! —grita. Extiende el brazo. Ve abajo a los de O. Brayan, corriendo de un lado para otro. Pequeñas manchas sobre el asfalto. No distingue al Gelatina. No distingue

nada. Y entonces le sube como todo el cuerpo a la garganta. Los riñones, los hígados, los pulmones, los intestinos, el estómago... todo en la garganta, porque el Gelatina ha regresado y se acerca a su hermana.

Flyen aprieta los puños.

—¡Dafne! —grita de nuevo.

Pero ella no escucha. El Gelatina se acerca por detrás. La coge.

Abajo los de O. Brayan siguen corriendo. Dafne reclina hacia detrás la cabeza. Las manos del Gelatina avanzan por el sinte. Lo abren. La mano, grande, manaza, agarra el pecho, también grande, la unión perfecta. Flyen no puede estar allí para recogerlo, para hacer la parada del siglo. Gol. No sabe qué hacer. Da vueltas por la terraza. Es buen deportista. Si toma carrerilla y salta, igual alcanza la otra parte. Un tipo de la antigüedad saltó ocho metros noventa en una Olimpiada. ¿Por qué no puede saltar él tres? Una mierda de tres metros.

La mano del Gelatina baja. Sube la sinte a la altura de las caderas. Acaricia el sexo mientras Dafne hace como que se retuerce. Se da la vuelta. Se besan. Un beso largo mientras el Gelatina avanza por el culo, un culo pomposo, que machaca como la plastelina. Lo del culo aún le da más coraje. Y al mismo tiempo la impotencia lo provoca. Observa con terror que está excitado. El miembro, duro, quiere salir de su sinte. Dafne juguetea con la verga del Gelatina. Flyen apenas puede respirar. ¿Quién le mandaría coger aquella bolsita? La bolsita de coca. Abajo los de O. Brayan corren desbaratados.

El Gelatina arranca la ropa a Dafne. No había visto a su hermana desnuda desde la bañera. Empieza a jadear y Flyen grita:

—¡Por favor, Gelatina!, ¡por favor, por favor!

Pero sólo obtiene por respuesta una risa a medio gas, sin todos los dientes, la caspa. Cómo odia Flyen la caspa, le recuerda al polvo blanco.

Dafne apoya las manos en el murete, cara hacia Flyen, mientras el Gelatina la penetra por detrás como si fuera un animal en celo, la desgarrar, las babas en la espalda, el ojo bizco que se le va a las nubes.

Dafne alza la cabeza, mira a Flyen. Sonríe.

—Tú no tienes Coca-Cola. No tienes. Ja, ja, ja. No tienes.

El putito médico. Las putas prohibiciones. La bolsita. ¿Quién le mandaría coger la bolsita? Toma carrerilla. Sabe que no llega, pero la toma. Sabe que no alcanza y que los de O. Brayan dispararán desde abajo. Y aunque no disparen da igual. No llega. No llega. No llega. No llega.

No llega.